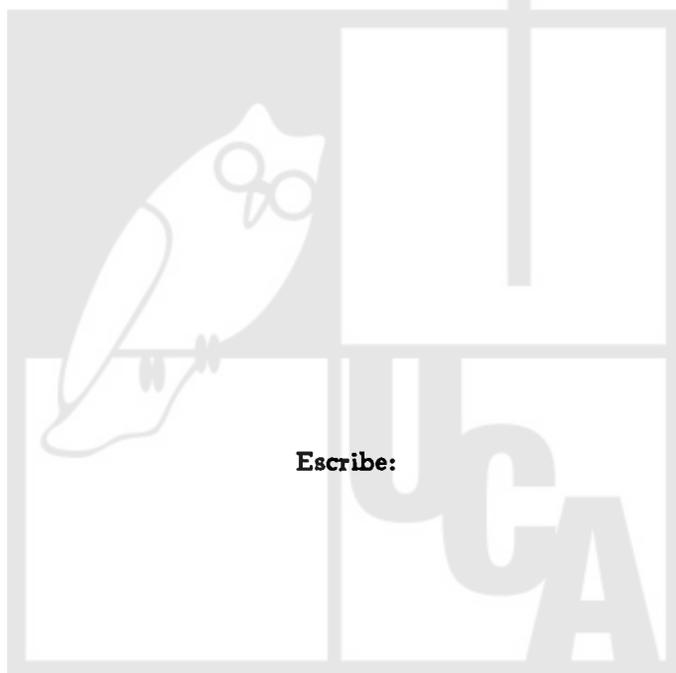


# DE INCENDIARIOS

A

BOMBEROS



LUIS F. VALERO IGLESIAS



Si algo tiene de característico nuestra sociedad salvadoreña es casi el unánime irrespeto de las clases altas a la labor universitaria, el excesivo dogmatismo de la clase media sobre dicha labor y, por último, la indiferencia de la clase baja hacia los máximos centros de cultura.

Nadie duda que toda pauta social está planteada sobre situaciones históricas que se han ido aunando una tras otra, hasta llegar al hecho presente. Nosotros como universitarios debemos analizar la labor universitaria y definir seriamente una línea honesta de acción frente a la historia del país. El universitario salvadoreño debe sinceramente analizar si su situación en la universidad viene proyectada por la visión de los defectos que de ella se dicen o por una posición de servicio.

Toda universidad tiene un contorno y un dintorno; cierto que el contorno puede modificar cierta estructura exterior, pero el dintorno puede modificar todo su mundo interno y la acción que ésta debe desarrollar.

Dentro del esquema social salvadoreño la universidad tiene mala prensa; no hay un claro entendimiento del quehacer universitario y toda versión sobre la universidad es distorsionada con intenciones inconfesables. También debemos reconocer que la universidad en algunos casos, no importa cuántos, tampoco ha favorecido una auténtica visión de los hechos, planteando actitudes y criterios que en nada detentan el marchamo universitario.

Llegados a estas alturas debemos aclarar que cuando se habla de universidad nos estamos refiriendo a la universidad como ente universal, como principio, sin determinar si la Universidad Nacional o la Universidad Centroamericana actúan de tal o cual manera, y esto no es evadir el bulto. Creemos que en estos momentos la imagen de la universidad salvadoreña, sea cual fuere su ubicación, tiene una connotación en bastantes casos peyorativa y somos nosotros los universitarios los llamados a defenderla y en esa labor urge ponerse a trabajar sin falta todos los universitarios, docentes y discentes, jerarquía y subordinados.

Primeramente deberíamos analizar a qué se debe la falta de conciencia histórica frente a la universidad, o mejor aún, que tanta gente ubique a la universidad tan mal en el contexto histórico salvadoreño; sin ningún lugar a dudas porque muchos, incluidos bastante universitarios, no tienen claro qué es la universidad y para que se está en la universidad. Hace 165 años Schleiermacher afirmaba que en la comunicación social del saber existen tres niveles: la escuela, la universidad y la academia. La escuela es una institución donde se enseña ciencia hecha en otra parte. La academia es la institución donde se intercambian los científicos sus últimos hallazgos. La Universidad es una institución entre la escuela y la academia; en ella se enseña a investigar.

Sería muy interesante que la universidad salvadoreña se pusiera la mano en la conciencia y en verdad dijera si cumple su papel. Hablando con sinceridad, la universidad salvadoreña no llena estos requisitos. Aún más, el estudiante universitario en su mayoría usa a la universidad como

organismo preparatorio para integrarse a un sistema cuya ley de existencia es "inmamente y coercitiva", es decir la universidad es una fábrica de producción y su principal misión es proveer. A pesar de la mejor voluntad por nuestra parte, no vemos organismos universitarios estudiantiles con una dimensión universitaria.

La Universidad en El Salvador, mal que nos pese, adolece de males estructurales serios que incapacitan cualquier acción. La universidad, en principio, está planteada como verruga en el cuerpo del país. Urge modificar esa situación con una operación dolorosa e incorporarla de lleno a la acción histórica en el país. Para ello sería necesario también que el Estado entendiera auténticamente la labor universitaria y no viera fantasmas en todas las facultades, ni diablos en todas las esquinas. Hace falta captar que la universidad debe investigar y debe enseñar, pero la investigación implica un auténtico conocimiento de la realidad. Con la ocultación de ésta y con el impedimento de enseñarla es impensable hacer labor universitaria. Lo peor que le puede ocurrir a un país es que su realidad sea subversiva y que, por el mero hecho de decirla, mostrarla o enseñarla se caiga según algunos en grave delito atentatorio contra la dignidad de la patria.

Creemos que ahí está planteado el problema de la realidad universitaria salvadoreña; que la realidad salvadoreña que debe enseñar como parte de la realidad pública a que pertenece choca con aquellos que no comprenden el por qué y el actuar de la esencia universitaria. Si la universidad auténticamente enseñara lo que debería enseñar, muy posiblemente la realidad social dejaría de ser subversiva, puesto que los universitarios egresados de la universidad harían lo indecible para cambiar esa realidad.

Pero, de hecho, qué ocurre. "Los estudiantes universitarios, como tales, cuando están dentro de la universidad, (como decía un famoso profesor universitario francés) son unos perfectos incendiarios, pero en cuanto salen de ella son los mejores bomberos" y eso porque, sinceramente, la universidad no forma, ni enseña, ni capacita en verdad a investigar. Si en más de una ocasión se nos ha dicho como "slogan"; "todo pueblo tiene el gobierno que se merece", nos atreveríamos a decir que todo pueblo tiene la universidad que se merece.

No es cuestión de traer aquí a colación las opiniones de Sartre, Malraux, Carlos Fuentes, Jacques Sauvegeot, Aron, Marcuse, Garaudy, Cohn-Bendit, Dutschke; lo importante es que nosotros como salvadoreños y universitarios, decidamos de una vez por todas el papel que le toca jugar al universitario y por ende a la universidad.

Debemos aceptar que el vehículo más universitario de acción, en su primera fase, es la delimitación clara de las bases, en función de una ideología, en función de unas ideas libre y sinceramente compartidas, en que cada uno de los integrantes de la comunidad universitaria tenga oportunidad de actuar y exponer su pensamiento, fuera de dogmatismos e infantilismos. En la universidad debe ante todo privar el diálogo, libre, creador y la determinación mayoritaria cuando las ideas están libre y suficientemente discutidas.

El problema más acuciante a nuestro punto de vista es que el estudiante universitario no ha cuestionado seriamente su posición por creer que está en un lugar de privilegio y no hay más que plantear. El problema debe ser analizado por el propio universitario no como defensa de "ghetto" minoritario profesional, sino como afán de servicio conmutario.

El futuro graduado debe pensar si con solo tener el título la situación está ya solucionada, o bien si, en una sociedad concreta, ese título lo va a capacitar en verdad para ayudar a la mayoría o a servirse de la mayoría, o bien si por no poder colocarse se marginará frustradamente de la sociedad.

Nuestra universidad está sufriendo un proceso de masificación notorio que, al no ir acompañado por los cambios estructurales necesarios para que esa masa futura de graduados sea absorbida por la sociedad, creará tensiones sociales indudables. La solución no es pensar que estas tensiones provocadas por los graduados sin colocación fomentarán los cambios. Quizás esta tesis sea válida en un futuro muy lejano. Lo deseable sería que, desde ya, la universidad y el estado coordinaran su acción adecuando el "campo-docente-investigación", a la necesidad de recursos humanos y naturales del país.

La indotación de recursos es tradicional en nuestro medio, desde la falta de bibliotecas, a los más elementales mecanismos de investigación, ya que priva en su mayoría una concepción universitaria docente. Tanto en cuanto enseña, vale el profesor; los estudiantes exigen un practicismo pragmatista y utilitarista feroz. No están en su mayoría interesados por un conocimiento en profundidad, sino que, acondicionados por una mentalidad lucrativa, quieren aprender las técnicas, sin importarles en su gran parte las filosofías que cualquier técnica conlleva.

Todo lo anterior nos conduce a afirmar que los males que adolece actualmente la universidad necesita de bastantes cosas para remediarse, pero sobre todo necesita una auténtica voluntad de reformar las estructuras universitarias. La universidad no puede predicar si antes ella no ha sabido dar el ejemplo de una madurez auténtica de liberación. Mientras persisten las actuales circunstancias, mientras el universitario alumno de palabra sea incendiario pero en su fuero interno se prepare para bombero y el universitario-profesor sea un excelente bombero que a veces se compensa pensando en su época de incendiario, la universidad está condenada al fracaso y con ella la sociedad, aunque muchos no quieran comprenderlo.

